

¿Fue la Guerra de los Treinta Años una «guerra total»?*

Peter H. Wilson

University of Oxford, Gran Bretaña

Traducido por Esther Cuesta Murillo

Introducción.

El concepto de *guerra total* ha ejercido una poderosa influencia en la historia de las guerras. No existe un acuerdo firme sobre qué significa este término o a qué conflictos se puede aplicar. No obstante, la mayoría de los estudiosos subrayan tres características definitorias. Para ser total, una guerra debe incluir la movilización completa de la sociedad y de la economía de un estado beligerante así como su rechazo a cualquier resultado que no sea la destrucción absoluta de la resistencia y del modo de vida del enemigo, al tiempo que su desarrollo terminará difuminando los límites entre soldados y civiles. Muchos de estos elementos se han detectado en varias guerras a gran escala. Sin embargo, los intentos por mejorar esta definición solo han conseguido evidenciar las graves deficiencias del concepto. Según plantea este artículo, dichas deficiencias son tan relevantes que invalidan este concepto como forma de explorar la relación de los civiles con la guerra.

En primer lugar, ha resultado imposible ir más allá de los orígenes del concepto como constructo ideológico que emerge de la controversia asociada a la gestión que el Estado Mayor del ejército alemán hizo de los esfuerzos realizados por su país durante la Primera Guerra Mundial. Aunque el término apareció durante 1917 no se articuló hasta 1935, cuando el anti-guero general Erich Ludendorff intentó justificar su política tanto ante sus compatriotas como ante los extranjeros. De hecho, aunque se presentó como basada en criterios racionales y materiales, la idea es muy emotiva y, desde entonces, esta subjetividad ha dificultado su definición. Por ejemplo, Ludendorff presenta la guerra total como una necesidad en la que todos los elementos negativos se atribuyen al enemigo, mientras que su propio bando conserva un carácter más digno asociado con formas previas de hacer la guerra.¹

En segundo lugar, ha resultado imposible eliminar del concepto una comparación implícita entre la época en la que se originó y la época en la que es usada como categoría de

* Traducido para la Revista Universitaria de Historia Militar. La versión original de este texto apareció como capítulo de libro en Erica CHARTERS, Eve ROSENHAFT y Hannah SMITH (eds.): *Civilians and War in Europe, 1618-1815*, Liverpool, Liverpool University Press, 2012, pp. 21-36. El índice de contenidos del volumen está disponible en: <http://liverpool.universitypressscholarship.com/view/10.5949/UPO9781846317699/upso-9781846317118>.

¹ Erich LUDENDORFF: *Der totale Krieg*, Múnich, Ludendorffs Verlag, 1935. Más información en Hew STRACHAN: "On Total War and Modern War", *International History Review*, 22 (2000), pp. 341-370.

análisis. Cada nueva área de investigación se compara con la Primera Guerra Mundial y, especialmente, con la Segunda Guerra Mundial, la única guerra considerada conscientemente por sus participantes como total. Como consecuencia, la guerra total se define en relación con una tesis de modernización eurocéntrica que, dependiendo de la interpretación, se centra en un rango bastante reducido de factores militares y políticos. La guerra se representa como un elemento en desarrollo a lo largo de un camino lineal que puede calificarse como “progreso de destrucción”, a la vez que parece que el armamento se hace cada vez más potente. Esta es una visión tecnológicamente determinista, a menudo relacionada con la creencia de que la industrialización define la modernidad.² Los elementos políticos también hacen referencia a esta definición de modernidad. La ideología revolucionaria, el nacionalismo y la democracia destacan como componentes que facilitan la movilización completa de los recursos humanos y materiales para la guerra total, además de legitimar o incluso requerir la destrucción total del enemigo.

Esto se ha aplicado recientemente a las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas francesas (1792–1815) en las que, supuestamente, la Revolución Francesa de 1789 inició una dinámica política que condujo a los contendientes hacia unas medidas cada vez más extremas dirigidas a la destrucción sistemática de la sociedad enemiga. La movilización masiva francesa de agosto de 1793 se ha identificado como «la primera declaración de guerra total» y se ha comparado directamente con el famoso discurso de Joseph Goebbels de 1943, que pretendía recabar apoyos para el esfuerzo bélico nazi.³ Se han hecho afirmaciones similares acerca de la Guerra de Secesión Americana (1861-1865) y de la Guerra Franco-prusiana de 1870-1871, incluso cuando aquellos que realizan dichas afirmaciones han sido muy cautos a la hora de trazar una línea directa entre estos conflictos y los posteriores a 1914.⁴ No obstante, al establecer estas conexiones, por muy indirectas que sean, se construye, aunque involuntariamente, una tesis atlántica de los Estados Unidos y de los grandes estados occidentales europeos como modelos fundacionales que, posteriormente, serán imitados por el resto del mundo. Esto desvía la atención de otros conflictos que, posiblemente, han hecho más méritos para tener el dudoso honor de ser llamados “guerras totales”, como el que enfrentó a Argentina, Brasil y

² Por ejemplo, John R. GILLIS (ed.), *The Militarization of the Western World*, New Brunswick, Rutgers UP, 1989.

³ T.C.W. BLANNING: *French Revolutionary Wars*, Londres, Arnold, p. 101. El caso de la Revolución Francesa como primera auténtica guerra total en la Historia ha sido desarrollado por Jean-Yves GUIOMAR: *L'invention de la guerre totale: XVIIIe-XXe siècle*, París, Le Félin, 2004; David BELL: *The First Total War: Napoleon's Europe and the Birth of warfare as we know it*, Boston, Houghton Mifflin, 2007.

⁴ Stig FÖRSTER y Jörg NAGLER (eds.): *On the Road to Total War: The American Civil War and the German Wars of Unification, 1861-1871*, Washington DC, German Historical Institute y Cambridge UP, 1997; Manfred F. BOEMEKE, Roger CHICKERING y Stig FÖRSTER (eds.): *Anticipating Total War: The German and American Experiences, 1871-1914*, Washington DC, German Historical Institute y Cambridge UP, 1999; Roger CHICKERING y Stig FÖRSTER (eds.): *Great War, Total War: Combat and Mobilization on the Western Front, 1914-1918*, Cambridge, CUP, 2000.

Uruguay contra Paraguay, y en donde este último perdió alrededor del setenta por ciento de su población entre 1864 y 1870.⁵

Al relacionar la guerra total con la modernización se oculta el hecho de que muchas guerras anteriores, a menudo, parecen más totales que las de la modernidad.⁶ También hace difícil la distinción entre guerra «moderna» y «total». ¿En qué punto de esta trayectoria hacia la modernidad pasamos de una a otra? Más aún, ¿a dónde vamos una vez que la guerra total se ha alcanzado? ¿Es la guerra total un acontecimiento único y propio de un periodo concreto (quizás limitado a la Europa de entre 1914 y 1945) o está relacionado con otros factores? De hecho, puede plantearse la duda de si la guerra total está necesariamente relacionada con la modernidad: «la guerra moderna no es necesariamente total (sin importar cómo esté definida) y el conflicto armado no es necesariamente moderno».⁷

En tercer lugar, al igual que todos los conceptos absolutos, la idea en su conjunto es básicamente defectuosa porque la totalidad nunca se puede alcanzar. Una guerra nuclear puede conllevar la destrucción total del enemigo, pero no requiere una movilización total por parte de una nación industrializada avanzada. Siempre nos sentimos obligados a debatir cuál es “el umbral de la totalidad”, o aquello que constituye un nivel de belicismo más allá de la norma. Este problema también afecta al concepto estrechamente relacionado de «militarización social», que algunos politólogos han definido como el que se da cuando el diez por ciento de una población ha tomado las armas o está involucrada en apoyar los preparativos militares.⁸ La selección de tales porcentajes otorga una falsa precisión al análisis sin responder de manera satisfactoria a cómo se pueden determinar estos límites.

Está claro que, en el mejor de los casos, nos movemos en grados relativos más que absolutos. Tal vez ayude echar un vistazo a un ejemplo de la Edad Moderna, ya que los debates sobre la guerra total se concentran en el periodo posterior a 1792 y, a menudo, se basan en la asunción de que las luchas anteriores eran más limitadas. La Guerra de los Treinta Años (1618-1648) es un punto de partida útil debido a su carácter referencial en la historia bélica. Se ha convertido en un criterio con el que medir la capacidad destructora de conflictos posterior-

⁵ Thomas L. WHIGHAM y Barbara POTTHAST: “The Paraguayan Rosetta Stone: New insights into the demographics of the Paraguayan War 1864-1870”, *Latin American Research Review*, 34 (1999), pp. 174-186.

⁶ Por ejemplo, las de la Grecia Arcaica y Clásica; véase Hans VAN WEES: *Greek Warfare. Myths and Realities*, Londres, Duckworth, 2004.

⁷ Jeremy BLACK: *War in the Nineteenth Century, 1800-1914*, Cambridge, Polity Press, p. 9. Para consultar argumentos a favor de que las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas francesas y las de la unificación alemana no fueron totales, véase Dennis E. SHOWALTER: “The Retaming of Bellona: Prussia and the institutionalization of the Napoleonic legacy, 1815-1876”, *Military Affairs*, 44 (1980), pp. 57-63; ÍD.: “The Prusso-German RMA, 1840-1871”, en MacGregor KNOX y Williamson MURRAY (eds.), *The Dynamics of Military Revolution, 1300-2050*, Cambridge, CUP, 2001; Stanford KANTER: “Exposing the Myth of Franco-Prussian War”, *War and Society*, 4 (1986), pp. 13-30; Frank KÜLICH: *Die Deutschen Soldaten im Krieg von 1870-71*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1995.

⁸ Peter M. REGAN: *Organizing Societies for War: The Process and Consequences of Societal Militarization*, Westport, Praeger, 1994. Más información sobre este concepto y sobre ‘militarismo’ en Peter H. WILSON: “Defining Military Culture”, *Journal of Military History*, 72 (2008), pp. 39-41.

res y se la ha relacionado con otras grandes narrativas históricas, como culminación de la época de las «guerras de religión» que empezaron con la Reforma, o como epicentro de una mucho más amplia «crisis general del siglo XVII». ⁹ Sobre todo, se ha introducido en el imaginario popular como una «furia destructiva», un conflicto librado con una ferocidad sin precedentes que causó una devastación generalizada a lo largo y ancho del Sacro Imperio Romano Germánico y los países vecinos. ¹⁰

Las investigaciones sobre la guerra también han desarrollado un nuevo enfoque que tal vez ofrece una salida al estancamiento en el que se encuentra el concepto de guerra total. Los debates sobre el nivel de destrucción han ido más allá de las evaluaciones cuantitativas y han empezado a considerar cómo vivieron la guerra aquellos que quedaron atrapados en ella. Las investigaciones se centran en la experiencia acumulada (*Erfahrung*), sobre la que se escribe y se reflexiona, más que en la experiencia efímera (*Erlebnis*) de los acontecimientos cuando suceden. ¹¹ Este enfoque no está exento de problemas, pero consigue atraer la atención sobre la cuestión de la percepción, que es un aspecto en gran medida ignorado en el debate sobre la guerra total. Tal vez podamos superar este debate cuando la totalidad se alcance en términos materiales y seamos capaces de investigar cómo los contemporáneos vivieron unos conflictos como más extremos que otros.

El resto del presente artículo evaluará la Guerra de los Treinta Años a través de tres aspectos presentes en la definición “clásica” de guerra total: la movilización total, el objetivo de la destrucción total del enemigo y la supuesta fusión entre los ámbitos civil y militar. Se concluirá con un breve análisis sobre cómo percibieron la guerra sus participantes y las generaciones posteriores. Mi objetivo no es probar que la Guerra de los Treinta Años fue una guerra total, sino sugerir que cualquier correspondencia con los criterios convencionales simplemente enfatiza los problemas de este concepto. Me gustaría destacar que el concepto de “guerra total”, siempre y cuando sirva a un propósito analítico, no se puede definir en términos materiales sino a través de percepciones y, por tanto, está relacionado con el contexto de cada conflicto más que con su posición a lo largo de un progreso lineal de destrucción.

Movilización.

La guerra total supone la mayor movilización directa posible de recursos humanos mediante el servicio militar universal. Esto se analiza normalmente en relación con el ideal

⁹ Más información de historiografía en Peter H. WILSON: “The Causes of the Thirty Years War 1618-48”, *English Historical Review*, 123 (2008), pp. 554-586.

¹⁰ Kevin CRAMER: *The Thirty Years War and German Memory in the Nineteenth Century*, Lincoln, University of Nebraska, 2007.

¹¹ Jutta NOWOSADTKO: “Erfahrung als Methode und als gegenstandswissenschaftlicher Erkenntnis”, en Nikolaus BUSCHMANN y Horst CARL (eds.): *Die Erfahrung des Krieges: Erfahrungsgeschichtliche Perspektiven von der Französischen Revolution bis zum Zweiten Weltkrieg*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2001, pp. 27-50. Paul MUNCH (ed.): *‘Erfahrung’ als Kategorie der Frühneuzeitgeschichte*, München, Oldenbourg, 2001.

revolucionario francés de los «ciudadanos en armas», que implicaba que todos los varones físicamente capaces estaban obligados a luchar por la libertad republicana y la defensa nacional.¹² En apariencia, la Guerra de los Treinta Años coincide con los criterios comunes de una guerra total: la obligación del servicio militar universal ya existía mucho antes de la movilización masiva francesa de 1793. Dinamarca y Suecia emplearon sistemas de reclutamiento obligatorio con los que alistaron a la mayoría de sus poblaciones rurales. De esta forma, los hombres eran seleccionados para los regimientos de infantería y caballería que formaban el núcleo de las fuerzas de ambos reinos. Por su parte, todos los territorios alemanes tenían milicias territoriales que se reorganizaron y se ampliaron en las cuatro décadas anteriores a la guerra. En torno a uno de cada diez varones físicamente capaces formaba parte de estas milicias, lo que representaba el 2,5 por ciento de la población total. El resto estaba, en teoría, disponible en caso de emergencia extrema.¹³

Sin embargo, la práctica real no cumplió esta perspectiva teórica, aunque también se ha demostrado que el reclutamiento posterior estaba lejos de ser verdaderamente universal. Incluso en el siglo XIX, la mayoría de los sistemas europeos permitía la sustitución y mantenía exenciones del servicio militar por motivos sociales o económicos. Sea como fuere, en el caso de la Guerra de los Treinta Años los rebeldes bohemios convocaron a uno de cada diez hombres en junio de 1618, a lo que siguió un reclutamiento general en septiembre. Ninguno de los dos métodos consiguió producir la cantidad ni la calidad deseadas y, aunque se les denominó «milicia» en muchos estudios secundarios, la mayor parte de las fuerzas rebeldes se componía de soldados profesionales reclutados por los diferentes Estados del territorio bohemio.¹⁴

El desempeño de las milicias era, por lo general, deficiente, pero se ha exagerado en qué medida, ya que estas tuvieron éxito en alguna ocasión. Se siguieron usando las milicias durante toda la guerra, a menudo como una manera encubierta de reclutamiento para encontrar hombres que mantuvieran el tamaño máximo de las unidades profesionales. Mientras tanto, un gran número de voluntarios, normalmente calificados mediante la errónea etiqueta de “mercenarios”, se unió a las fuerzas regulares. Por ejemplo, el diez por ciento de los varones escoceses adultos luchó en el continente durante la guerra, sobre todo en los contingentes danés y sueco, pero también en el Ejército Imperial, además de otros escoceses que sirvieron en Francia, Polonia y Holanda. Aunque los factores económicos puestos de relieve por la literatura más antigua eran, sin duda, motivos importantes del reclutamiento, en in-

¹² Daniel MORAN y Arthur WALDRON (eds.): *The People in Arms. Military Myth and National Mobilization since the French Revolution*, Cambridge, CUP, 2003.

¹³ Se pueden encontrar resúmenes sobre estos sistemas y la literatura histórica asociada en Jan GLETE: *War and the State in Early Modern Europe: Spain, the Dutch Republic and Sweden as Fiscal-Military States, 1500-1600*, Londres, Routledge, 2002, pp. 34-35 y 202-06; Peter H. WILSON: *Europe's Tragedy. A History of the Thirty Years War*, Londres, Allen Lane, 2009, pp. 142-144, 173-174 y 186-187.

¹⁴ Thomas WINKELBAUER: “Nervus belli Bohemici. Die Finanziellen Hintergründe des Scheiterns des Ständeaufstands der Jahre 1618 bis 1620”, *Folia Historica Bohemica*, 18 (1997), pp. 173-223

investigaciones recientes se ha subrayado la importancia de la política, la cultura y la religión en la decisión de unirse a determinados ejércitos.¹⁵

En el Imperio, el número total de combatientes alcanzó en 1632 los 250.000 y es probable que todavía hubiera alrededor de 183.000 hombres cuando la guerra terminó 16 años después. El número máximo de efectivos llegó a representar alrededor del uno por ciento de la población del Imperio antes de la guerra, considerablemente menos, tanto en términos totales como proporcionales, que los que tenía el ejército francés en su máximo esplendor durante el reinado de Luis XIV, la mayor fuerza vista en Europa desde el Imperio Romano. Sin embargo, el tamaño de los ejércitos durante la Guerra de los Treinta Años es, aun así, considerable, especialmente si se tiene en cuenta el personal auxiliar. Probablemente, en Alemania, había al menos un trabajador civil no combatiente por cada soldado. Dentro de esta «comunidad militar» de personal auxiliar destinada a proporcionar apoyo logístico, el grupo más grande lo constituían las mujeres, aunque también había varones adultos y un buen número de adolescentes.¹⁶ Del mismo modo, numerosos campesinos eran reclutados periódicamente como zapadores y personal de transporte, mientras que otros luchaban como partisanos, un aspecto de la guerra importante aunque menospreciado.¹⁷ Además, debe tenerse en cuenta la duración del conflicto, puesto que estas cifras se mantuvieron durante toda una generación en una época de desplazamiento y pérdida de población considerables. Alrededor de 1,8 millones de miembros del personal militar perdieron la vida, mientras que el total de fallecimientos relacionados con la guerra en el Imperio fue, probablemente, de unos cinco millones, el veinte por ciento de la población de preguerra (en comparación con el 5,5 por ciento en la Primera Guerra Mundial y el 6 por ciento en la Segunda Guerra Mundial). La intervención danesa, aunque solo duró once de los treinta años, comportó el fallecimiento del veinte por ciento de todos los varones adultos, mientras que la participación sueca acabó con el treinta por ciento de los hombres en edad adulta de ese país. El impacto global de tales pérdidas aumentó debido al hecho de que tuvieron lugar en una época con una sociedad agrícola que requería mucha mano de obra y que era menos capaz de prescindir de recursos humanos que las sociedades industrializadas posteriores.¹⁸

¹⁵ Algunos ejemplos en Steve MURDOCH: *Britain, Denmark-Norway and the House of Stuart, 1603-1660*, East Linton, Tuckwell, 2000; David WORTHINGTON: *Scots in Habsburg Service, 1618-1648*, Leiden, Brill, 2004.

¹⁶ John A. LYNN: *Women, Armies and Warfare in Early Modern Europe*, Cambridge, CUP, 2008. Ha habido un debate considerable acerca del tamaño de esta 'comunidad militar'. Los estudiosos de la época fueron a menudo hostiles a su presencia y exageraron enormemente las cifras de personal auxiliar. Mientras que en algunas unidades eran más numerosos que los soldados, la mayoría de los informes de la Guerra de los Treinta Años sugieren una proporción de un soldado por cada mujer o niño.

¹⁷ Más detallado en Peter H. WILSON: *Europe's Tragedy...*, pp. 278, 310, 401, 500, 533, 688, 769, 784, 792 y 837-38.

¹⁸ La investigación sobre las pérdidas danesas y suecas está más avanzada que la de las bajas alemanas gracias a una base de datos bastante mejor. Las conclusiones están resumidas en dos ensayos escritos por Jan LINDEGREN: "The Politics of Expansion in seventeenth-century Sweden", en Enrique MARTÍNEZ RUIZ and Magdalena DE PAZZIS PI CORRALES (eds.), *Spain and Sweden in the Baroque Era (1600-*

Suecia fue capaz de asumir tales pérdidas solo gracias al carácter descentralizado de la mayor parte de su agricultura, lo que permitió que las mujeres sustituyeran a la mano de obra masculina ausente. Esto pone de relieve la importancia de la movilización indirecta a través de la cual los no combatientes proporcionaban comida, forraje, armas, otro tipo de equipamiento miliar y, sobre todo, el dinero necesario para financiar la guerra. A diferencia de las dos guerras mundiales y otros conflictos posteriores, durante la Guerra de los Treinta Años apenas se intentó organizar una economía de guerra. Tanto España como los holandeses utilizaron ciertas tácticas de guerra económica en su contienda entre 1568 y 1648, incluidos embargos, bloqueos y un intento por parte de España de construir un canal para desviar el comercio desde el Rin hacia sus posesiones del sur de los Países Bajos. Por su parte, el general imperial Wallenstein organizó una forma de «economía planificada» en sus propios territorios desde 1625 hasta 1634, si bien solo tuvo un papel secundario en el mantenimiento del esfuerzo bélico del emperador.¹⁹ En su lugar, el impacto real se hizo sentir a través de impuestos y otras formas de obtención de recursos, en especial aquellos han pasado a los libros como “contribuciones”. Dichas contribuciones han sido erróneamente conceptuadas como un saqueo indiscriminado o como un intento deliberado de negar recursos al enemigo. Mientras que ambas acciones eran elementos para hacer la guerra, las contribuciones consistían básicamente en requisar impuestos existentes en las zonas ocupadas y desviarlos para mantener el ejército.²⁰ Como en el caso de la movilización directa de la mano de obra, estos métodos tuvieron una gran repercusión en lo que eran estructuras económicas inflexibles. Es probable que la guerra consumiera una proporción mucho mayor del excedente de producción que durante los conflictos del siglo XX, si bien aún seguía estando muy lejos de alcanzar la movilización total.

El objetivo de la destrucción total.

El concepto de guerra total sostiene que el propósito de este esfuerzo es la destrucción total del enemigo y de su modo de vida. De nuevo, la Guerra de los Treinta Años cumple de manera superficial estos criterios pero, al examinarla más de cerca, emerge una situación más compleja. Se suele creer que el objetivo de la destrucción total requiere una unión entre la autoridad política y la militar. Fue precisamente esta cuestión la que intentó justificar Ludendorff después de que el Estado Mayor del ejército alemán se hiciera rápidamente con el control del poder político en 1916.²¹ Pero, para disgusto de Ludendorff, el Káiser Guillermo II

1660), Madrid, Fundación Berndt Wistedt, 2000, pp.169-94, e ÍD., “Men, Money and Means”, en Philippe CONTAMINE (ed.), *War and Competition between States*, Oxford, Clarendon, 2000, pp. 129-62.

¹⁹ Anton ERNSTBERGER: *Wallenstein's Volkswirt im Herzogtum Friedland*, Reichenbach, Fr. Kraus, 1929.

²⁰ Más información sobre este debate en Peter H. WILSON: *Europe's Tragedy...*, pp. 399-408.

²¹ Martin KITCHEN: *Silent Dictatorship. The Politics of the German High command under Hindenburg and Ludendorff, 1916-1918*, London, Croon Helm, 1976.

no cumplió con el ideal del rey guerrero, uno indiscutiblemente personificado en Gustavo II Adolfo de Suecia y Cristian IV de Dinamarca durante la Guerra de los Treinta Años: el primero murió comandando a sus tropas en la batalla de Lützen en 1632, mientras que el segundo perdió un ojo cuando se encontraba al mando de la flota danesa. Otros gobernantes acompañaron también a sus ejércitos, como Federico V del Palatinado, y algunos incluso tomaban el mando en alguna ocasión, como lo hicieron el Emperador Fernando III, Juan Jorge de Sajonia y Maximiliano de Baviera. La presencia real no era extraña en las guerras europeas de principios de la Edad Moderna y, también, era característica de otros conflictos que nunca han sido presentados como candidatos a ser guerras totales; por ejemplo, Jorge II se puso al frente de los ejércitos británico y aliado en la batalla de Dettingen en 1743, durante la Guerra de Sucesión Austríaca (1740-1748).

Mucho más significativo que el mando unificado es el objetivo por el que se libró la guerra. Como sucede con la movilización, los beligerantes de la Guerra de los Treinta Años ya tenían una teoría sobre la guerra que implicaba totalidad. Las operaciones militares se legitimaron a través del concepto cristiano de una guerra justa, definido como promover el bien y combatir el mal. La justicia de cualquier causa, como la propia verdad religiosa, se consideraba como algo singular, no plural. Por consiguiente, solo un bando podía ser justo y tener el apoyo divino. Una consecuencia de esto fue la condena general de la neutralidad como inmoral, puesto que permitía que una injusticia quedara impune. Como mucho, las partes beligerantes solo aceptarían una neutralidad benévola conforme a la cual un estado podía evitar la participación directa, si bien aún se esperaba que permitiera a las tropas de un bando cruzar su territorio, así como que proporcionara alimento y otros suministros. Los contemporáneos también reconocieron el derecho de conquista que permitía al vencedor hacer lo que deseara con los territorios y los recursos tomados. Este derecho fue solicitado de manera explícita por los suecos cuando desembarcaron en el Ducado de Pomerania en junio de 1630, al comienzo de su invasión del Imperio.

La preocupación por evitar enemistarse con los aliados y otras consideraciones implicaron que la práctica se fuera alejando de lo que comportaba, en la teoría, el concepto de totalidad. Mientras que los suecos confiscaron parte de las posesiones personales del duque de Pomerania, se abstuvieron de anexionar su ducado hasta la paz final y, en su lugar, prefirieron un tratado disfrazado de alianza que obligó a sus súbditos a alimentar y alojar al ejército sueco.²² Se toleraban otras formas de neutralidad más equitativa por conveniencia mutua. Por ejemplo, Hamburgo, Bremen y Lübeck actuaron como lo haría Suiza durante las guerras mundiales: como sedes para la diplomacia y las transacciones financieras para todos los principales contendientes. Sea como fuere, a pesar de los esfuerzos de los diplomáticos y militantes religiosos para recabar apoyo para las supuestas causas comunes, las diversas guerras europeas se mantuvieron separadas. La Guerra de Flandes y la Guerra Franco-española que

²² O.S. RYDBERG and Carl HALLENDORF (eds.): *Sveriges Tractatemed främmande magter jemte andra dit hörande handlingar*, 5 vols., Estocolmo, Norstedt, 1902-09, Vol. V, parte 1, pp. 395-98.

comenzó en 1635 fueron consideradas independientes de la lucha que tenía lugar en el Imperio en las negociaciones que dieron lugar a la Paz de Westfalia (1644-1648), y ello pese a la participación de algunos contendientes en más de un conflicto a la vez. Sobre todo, la guerra siguió siendo un instrumento político, considerado como una expresión del poder organizado (*potestas*) y no de la violencia ilegal (*violentia*).²³ En contra de las percepciones tanto contemporáneas como posteriores, los militares no tomaban decisiones por sí mismos y las operaciones permanecían ligadas a la diplomacia como un medio para presionar a los oponentes, no para destruirlos.

Del mismo modo, y de forma significativa, tampoco se dio una demonización general del enemigo. Por supuesto, la guerra no estuvo exenta de violentas invectivas sectarias, pero tampoco hubo una división clara entre los combatientes basada en cuestiones éticas, lingüísticas o incluso religiosas. La mayoría de las críticas eran selectivas y había diversos grados de enemistad. Por ejemplo, al comienzo del conflicto, la Unión Protestante y los bohemios distinguían entre unos pocos católicos malvados, normalmente identificados como «jesuitas españoles», a quienes culpaban de causar la guerra, y la mayoría, a quienes no tenían intención de dañar «siempre que vivan de manera pacífica e inocente según la constitución».²⁴

La diferencia entre amigo y enemigo se vio difuminada por el concepto del enemigo interno. A diferencia de conflictos posteriores, no se trataba de una quinta columna desemejante al resto sino que estaba literalmente dentro de la población. El clero de todas las confesiones recordaba continuamente a la población que ellos, debido a sus pecados, eran los culpables del conflicto. Desde el principio, se organizaron días fijos de oración y penitencia y, tras 1620, se extendieron por los territorios tanto católicos como protestantes. Se esperaba que la población rezara hasta cuarenta horas o reservara dos horas para este propósito un día determinado de cada mes. Mientras que esto representaba un elemento de movilización ideológica, su objetivo era el enemigo en el corazón de cada feligrés, no invasores que verdaderamente amenazasen sus hogares. La doctrina y los sermones exhortaban a estos feligreses a reflexionar sobre sus propias conciencias y a efectuar un cambio de actitud que se manifestaría en una mejora externa de la moral pública, lo que aplacaría la ira de Dios.²⁵

²³ Excelente debate con referencias a la amplia literatura sobre el tema en Michael KAISER: "Maximilian I. von Bayern und der Krieg", *Zeitschrift für Bayerische Landesgeschichte*, 65 (2002), pp. 69-99.

²⁴ Frederick V: *Unser Friderichs von Gottes Gnaden in Böhmeim... offen Außschreiben warum Wir die Cron Böhmeim und der incorporirten Länder Regierung auff Uns genommen*, Prague, Jonathan Bohutsky von Hranitz, 1619.

²⁵ Algunos ejemplos de protestantes y católicos contemporáneos son: Fritz BARICH: "Nachrichten aus dem Kirchenbuch der Mariengemeinde, namentlich aus der Zeit des Dreißigjährigen Krieges", *Beiträge zur Geschichte Dortmunds und der Grafschaft Mark*, 23 (1914), pp. 38-39, 41, 47 y 52; Maurus FRIESENEGGER: *Tagebuch aus dem 30jährigen Krieg*, München, Allitera, 2007, p. 14. Más ejemplos y debate en Matthias ASCHE y Anton SCHINDLING (eds.): *Das Strafgericht Gottes*, Münster, Aschendorff, 2002. Los días de rezo y penitencia también eran una respuesta común frente a un desastre 'natural': Manfred JAKUBOWSKI-TIESEN y Hartmut LEHMANN (eds.): *Um Himmels Willen: Religion in Katastrophenzeiten*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2003.

La conducción de la guerra fue, sin lugar a dudas, brutal y estuvo acompañada de numerosas atrocidades, incluida la masacre de soldados que huían del campo de batalla y de heridos en las fases finales de muchas batallas, así como la matanza de civiles durante los saqueos de ciudades, muy especialmente en Magdeburgo en 1631, donde murieron cuatro quintos de sus 25.000 habitantes. Si, por lo general, los comandantes justificaban el comportamiento de sus soldados haciendo referencia a las vigentes «leyes de la guerra», durante este conflicto se hizo uso expreso de dicha justificación para disculpar lo que los contemporáneos todavía consideraban chocante, en lugar de celebrar la matanza de un número elevado de enemigos. Se siguió cuestionando la línea divisoria entre la violencia legítima e ilegítima; sin embargo, todas las partes asumieron premisas comunes sobre lo que se consideraba un comportamiento aceptable.²⁶

Mientras que ninguno de los contendientes pretendía el exterminio físico del enemigo, algunos sí que buscaban la destrucción del modo de vida de sus oponentes. Esto se ilustra mejor a través del análisis de la dinastía Habsburgo, que gobernó Bohemia, donde estalló la guerra, y el Imperio al poseer el título imperial. El objetivo inmediato de la dinastía era eliminar a la élite aristocrática hostil, a la que culpaban del conflicto. Aunque en principio se oponían al protestantismo, no tenían intención de atacar a los nobles de sus territorios heredados únicamente por motivos religiosos. En su lugar, se centraron en aquellos que se negaban a someterse a su autoridad y que habían tomado las armas tras 1618. Exterminarlos físicamente no era algo especialmente importante en sus planes, con lo que en junio de 1621 tan solo 27 líderes rebeldes bohemios fueron ejecutados. Mucho más importante fue la definición de la oposición como “rebeldes”, ya que esto permitió a los Habsburgo retirar privilegios políticos y religiosos, así como confiscar propiedades. A pesar de estar motivado, en parte, por conveniencia económica, estas medidas sirvieron igualmente para acabar con el liderazgo y la base material de todo un modo de vida. Esta política se extendió al resto del Imperio después de 1622 como consecuencia de más victorias en las que se expropiaron más propiedades “rebeldes” y se redistribuyeron entre hombres considerados leales a los Habsburgo. El proceso culminó en el Edicto de Restitución (1629), que exigió la devolución de todas las tierras de la Iglesia Católica tomadas por los protestantes desde 1555, algo que todavía quedaba muy lejos de la totalidad: los nobles protestantes que permanecieron leales o, al menos, pasivos durante la revuelta conservaron, por lo general, sus tierras y la libertad de culto, en tanto que en ese momento no se llevó a cabo ningún intento de extender dichas medidas a, por ejemplo, la Hungría controlada por los Habsburgo. Sin embargo, la magnitud fue aun así impresionante. La expropiación de tierras representó la mayor transferencia de propiedad hasta la toma de

²⁶ Michael KAISER: “Ärger als der Türck”: Kriegsgreuel und ihre Funktionalisierung in der Zeit des Dreißigjährigen Kriegs”, en Sönke NEITZEL and Daniel HOHRATH (eds.), *Kriegsgreuel: Die Entgrenzung der Gewalt in kriegerischen Konflikten vom Mittelalter bis ins 20. Jahrhundert*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2008), pp.155-83; Peter H. WILSON: “Atrocities in the Thirty Years War”, en Micheál O’SIOCHRÚ y Jane OHLMEYER (eds.), *Ireland 1641. Context and Reactions*, Manchester University Press, 2013, pp.153-75

poder comunista tras 1945 y, así, la mitad de la población de Moravia cambió de arrendador en la década de 1620.²⁷

Los enemigos de los Habsburgo adoptaron políticas similares. Los bohemios fueron derrotados antes de que pudieran ponerlas en marcha, aunque en 1619 ya habían comenzado a confiscar propiedades de los opositores católicos. La redistribución sueca de las tierras confiscadas (conocida eufemísticamente como “donaciones”) fue más importante y afectó a importantes zonas de Alemania entre 1631 y 1634, aunque la mayor parte de dicha redistribución fue revocada tras la victoria imperial en Nördlingen en 1634.²⁸

El objetivo a largo plazo de los Habsburgo era imponer el catolicismo en todas sus posesiones como base para una autoridad política más estable. De nuevo, no estaban solos a la hora de alcanzar dicho objetivo, ya que este claramente subyacía a la política de la corona francesa contra la minoría hugonote, y al mismo tiempo encontró su reflejo en la promoción del protestantismo en zonas bajo control bohemio y sueco. Al haber descabezado primero el movimiento protestante mediante la expulsión de pastores, profesores y mecenas aristocráticos, los Habsburgo promulgaron una serie de “Mandatos de reforma” entre 1625 y 1628 que obligaron a la población a convertirse o marcharse. Alrededor de 350.000 personas fueron expulsadas de los territorios bohemios y de las provincias austriacas, lo que representaba aproximadamente el nueve por ciento de su población. Las medidas supusieron, en realidad, la destrucción de un modo de vida: mientras que tres cuartos de la población habían adoptado alguna forma de protestantismo hacia el final del siglo XVI, prácticamente todos eran católicos en el siglo XVII, al menos de manera oficial.²⁹

Sin embargo, todo esto debe definirse dentro de un contexto concreto. Los Habsburgo no buscaban un conflicto para alcanzar estos objetivos, sino que la guerra radicalizó su ya existente política, que limitaba los nombramientos de la corona y el patrocinio a los católicos leales. El resto surgió de la interpretación que la dinastía hizo sobre la guerra como una rebelión, una opinión aceptada en gran parte por los príncipes alemanes católicos y luteranos. Todo aquel que tomaba las armas se identificaba a sí mismo como rebelde y, por tanto, perdía sus derechos conforme a las constituciones territoriales e imperiales. Esto legitimó la expropiación de sus propiedades (y, en teoría, su ejecución, aunque en la mayoría de los casos el emperador indultó a sus opositores). Por consiguiente, se identificó a los enemigos mediante el uso del marco legal vigente, un marco que no fue discutido por estos: la mayoría de los que

²⁷ Howard LOUTHAN: *Converting Bohemia: Force and Persuasion in the Catholic Reformation*, Cambridge, CUP, 2009; Karin J. MACHARDY: *War, Religion and Court Patronage in Habsburg Austria: The Social and Cultural Dimension of Political Interaction, 1521-1621*, Basingstoke, Palgrave, 2003; Regina PÖRTNER: *Counter Reformation in Central Europe: Styria, 1580-1630*, Oxford, OUP, 2001.

²⁸ Christa DEINERT: “Schwedische Epoche in Franken von 1631-35”, Tesis doctoral inédita, Universidad de Würzburg, 1966; Sigmund GOETZE: *Die Politik des Schwedischen Reichskanzlers Axel Oxenstierna gegenüber Kaiser und Reich*, Kiel, Kommissionsverlag Muhlau, 1977; Reinhard WEBER: *Würzburg und Bamberg im Dreißigjährigen Krieg*, Würzburg, Echter, 1979.

²⁹ Thomas WINKELBAUER: *Ständefreiheit und Fürstenmacht: Länder und Untertanen des Hauses Habsburg im konfessionellen Zeitalter*, 2 vols., Vienna, Überreuter, 2003, Vol. II, pp. 27-28, 51 y 182.

sufrían la expropiación, cuando recurrían, no impugnaban su base legal, sino que reclamaban circunstancias atenuantes. La guerra tuvo como origen la interpretación de las constituciones bohemia e imperial. Ninguno de los bandos intentó acabar con esas constituciones, sino simplemente devolverlas a su estado “apropiado”. La intervención danesa, sueca y francesa se justificó en relación a la constitución, ya que todos reclamaron defender la interpretación “correcta”. En resumen, todas las partes permanecieron dentro de un marco común.

Igualmente, el lenguaje de la militancia religiosa, con su visión de la guerra como *Armagedón*, no se tradujo en la práctica política. La diplomacia y la estrategia pretendían alcanzar la paz con honor, no aniquilar al enemigo. Cada contendiente trató de impulsar su prestigio y posición en comparación con sus rivales dentro de un marco internacional cristiano común. Aunque tuvieron desacuerdos importantes, incluso sobre la fe, todos se adscribían al concepto moderno de una paz inclusiva que establecía el honor para ambos bandos, un verdadero compromiso que aseguraría la armonía duradera. Esto está unido al concepto predominante de la guerra justa: los enemigos podían ser herejes, pero todavía eran cristianos. La guerra era un medio aceptable para conseguir los objetivos inmediatos que consistían en derrotar la rebelión y establecer la autoridad, aunque la meta a largo plazo de la conformidad confesional debía asegurarse mediante un paciente proceso de persuasión.³⁰

Unión de los ámbitos civil y militar.

La supuesta unión de los ámbitos de la vida civil y militar es el tercer elemento en la definición común de guerra total. Esto presenta varios aspectos, tres de los cuales están relacionados con la movilización. En primer lugar, el alto nivel de utilización de recursos humanos inherente a la leva en masa provoca el alistamiento de una porción significativa de civiles. Por otro lado, la movilización indirecta promueve la militarización de la sociedad mediante la priorización de las demandas militares frente a otras necesidades sociales. Finalmente, ambos factores dan lugar a un tercer aspecto: el militarismo, definido como valores militares que reemplazan a los civiles. Otros dos factores relacionados con los objetivos de la guerra total también erosionan las fronteras entre soldados y civiles. Se expande la zona de guerra, lo que destruye la distinción física entre el campo de batalla y las zonas civiles, mientras que estas últimas y sus habitantes se convierten en objetivos legítimos junto al personal y equipamiento militares. La asociación exclusiva de estos elementos con las guerras posteriores a 1792 radica en el entendimiento superficial de la guerra premoderna como “limitada”. Esto se aplica en particular a la guerra en Europa durante la llamada “era del absolutismo” (1648-1789), ampliamente vista como una «Belona domada», reduciendo así los conflictos a meras «guerras de gabinete» libradas sin participación popular y cuya finalidad era promover unos obje-

³⁰ Una distinción clara gracias al estudio detallado del caso que realizó Trevor JOHNSON: *Magistrates, Madonnas and Miracles. The Counter Reformation in the Upper Palatinate*, Aldershot, Ashgate, 2009.

tivos dinásticos limitados.³¹ Estas hipótesis hacen de la presunta unión entre los ámbitos civil y militar el aspecto menos satisfactorio de la definición habitual de guerra total.

Los europeos del siglo XVII establecieron distinciones legales entre soldados y civiles o, más bien, reconocieron a los soldados como un grupo legal diferente dentro de una sociedad de muchos colectivos. Sin embargo, los no combatientes también podían ser incluidos en la jurisdicción militar a través de su asociación con los soldados, como en el caso del numeroso personal auxiliar. Además, como hemos visto, había un nivel relativamente alto de movilización que llevó a filas a muchos civiles. La participación fue más notable entre la élite social, donde los valores marciales aristocráticos disfrutaban de un prestigio considerable.

Por otro lado, ya existía lo que podría denominarse como “retaguardia” durante la Guerra de los Treinta Años, en la que la población aportaba impuestos y otro tipo de apoyo material, así como plegarias por la victoria. Aunque no en la magnitud señalada por muchos historiadores del siglo XIX, la guerra provocó una destrucción considerable y muy poca gente escapó por completo a sus consecuencias. El nivel de devastación se manifiesta en el impacto ambiental que se sintió cada vez más desde principios de los años 30 del siglo XVII a través de la destrucción de recursos valiosos como los apreciados robles y las plagas de roedores y animales salvajes que infestaron gran parte del mundo rural.³² Sin embargo, los civiles rara vez eran objetivos deliberados; era su proximidad a las operaciones lo que les ponía en peligro, en particular durante los asedios en los que morían de manera indirecta en el curso las operaciones militares para tomar una ciudad, y solo de manera directa durante la búsqueda del botín si el lugar era saqueado con posterioridad. Es posible que la idea de la distinción entre los frentes civil y militar surgiera únicamente durante la época clásica de la guerra total, de 1914 a 1945, mientras que la situación en el siglo XVII se correspondía más estrechamente con el modelo conceptual, puesto que no existía tal distinción entre zonas civiles y militares y los ejércitos se movían a través de todo el Imperio, según fuera necesario.

Percepciones.

La magnitud y el alcance de las operaciones militares, junto con la velocidad de los cambios en la suerte de los principales contendientes, fomentaron la idea general de un conflicto sin límites ni final que estaba fuera de control. La constante huida de gobernantes ante la llegada del enemigo fortaleció el sentimiento de que el orden se había desintegrado al dejar solo a soldados al cargo. Las imágenes de combatientes borrachos peleando por el botín tuvieron un lugar destacado en el arte contemporáneo, y uno de los retratos más sorprendentes de

³¹ Por ejemplo, Siegfried FIEDLER: *Kriegswesen und Kriegführung im Zeitalter der Kabinettskriege*, Koblenz, Bernard und Graefe, 1986.

³² Ejemplos en Marius FRIESENEGGER: op. cit., pp. 60, 66, 69, 74-75 y 79.

la guerra es el de un monstruo que devora ciudades enteras mientras figuras esqueléticas eliminan a los civiles y las serpientes reptan por los campos llenos de maleza.³³

Esta percepción se acentuó por la ausencia previa de conflictos graves en el Imperio durante más de 65 años. La última guerra de 1546-1552 tuvo solo dos campañas importantes, que afectaron a partes del centro y del sur de Alemania. Después se produjeron luchas puntuales y reducidas en el Rin durante las disputas por el electorado de Colonia y la diócesis de Estrasburgo (1584-1592), seguidas de un conflicto mucho más intenso contra el Imperio Otomano que se libró en Hungría (1593-1606), y de otras dos luchas más breves por la sucesión de Jülich-Cléveris en el extremo noroccidental del Imperio. Sin duda, estas guerras contribuyeron a los problemas políticos del Imperio y a un sentimiento de conflicto inminente; aun así, la revuelta bohemia tomó por sorpresa, en gran medida, a los contemporáneos, quienes en general esperaban que se resolviera pronto. La ausencia prolongada de una contienda importante dentro del Imperio antes de 1618 coadyuvó a generar la consecuente impresión duradera de una tierra próspera que había sido abandonada.

Este aspecto es compartido por la Guerra de los Treinta Años y la mayoría de conflictos que han sido presentados como guerras totales. Las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas francesas siguieron al periodo más largo de paz general experimentado en la Europa del siglo XVIII y comenzaron en un contexto de debate ilustrado que sugería que la guerra podía ser dominada, o incluso eliminada. La Guerra de Secesión Americana fue el primer conflicto librado en los Estados Unidos de América desde hacía 46 años, en los cuales la república había sostenido solo una guerra breve y extraordinariamente exitosa en el vecino México. Las condiciones fueron diferentes para el conflicto de 1870-1871, que siguió a dos guerras en Europa central durante la década de 1860, así como a las luchas asociadas con las revoluciones de 1848. Del mismo modo, Francia había librado una gran guerra en 1859. Sin embargo, todas ellas fueron contiendas relativamente breves que siguieron a una cierta tranquilidad en Europa desde 1815. La Primera Guerra Mundial también comenzó tras más de cuatro décadas de paz en el continente durante las que los principales contendientes, como Gran Bretaña o Francia, solo habían participado en guerras “coloniales” lejos de casa. En todos los casos, las esperanzas de que esta nueva contienda resultara breve, decisiva y, por supuesto, exitosa se vieron frustradas, ya que los combatientes se encontraron atrapados en largas, sangrientas y angustiosas batallas. Esto fue doblemente cierto para la Guerra de los Treinta Años, que demostró ser más larga que estos otros casos y donde la percepción de su impacto se vio, sin lugar a dudas, incrementada por su duración. Solo dos de los principales actores al comenzar esta gobernaban todavía en 1648 (Maximiliano de Baviera y Juan Jorge de Sajonia), y toda una generación creció conociendo únicamente el conflicto.

Como en el caso de los objetivos de las épocas de guerra, estas percepciones tienen que ponerse en contexto. La duración del conflicto lo convirtió en un elemento más de la vida

³³ Reproducido en la lámina 23 de E.A. BELLER: *Propaganda in Germany during the Thirty Years War*, Princeton, NJ, Princeton UP.

cotidiana, lo que pone de manifiesto la ambigüedad de la experiencia contemporánea. La guerra tiene, sin duda, un lugar prominente en las memorias contemporáneas, si bien es posible encontrar ejemplos en los que apenas se menciona o, de hecho, no provoca un impacto apreciable en la vida del autor. Los encuentros con soldados no siempre eran negativos. Una monja católica señaló que «aunque los suecos nos visitaban a diario, siempre se comportaban con nosotros de manera correcta y honorable. Aunque parecían terribles, tan pronto como nos veían y hablaban con nosotras se convertían en corderitos pacientes y tiernos».³⁴ En resumen, las percepciones individuales a menudo no se corresponden con la visión general o con el análisis histórico del impacto demográfico y material del conflicto. Sin embargo, el legado general fue un sentimiento de miedo y pérdida, y la guerra se recordó como un verdadero desastre. Esto se reelaboró a la luz de experiencias y preocupaciones posteriores, en particular el debate acerca del futuro de Alemania en el siglo XIX.

Conclusiones.

Está claro que la Guerra de los Treinta Años no cumple todos los criterios básicos para ser considerada una guerra total, pero aun así muchos participantes en las guerras mundiales la consideraron mucho más destructiva, al tiempo que ha sido recordada, incluso en el siglo XXI, como la mayor catástrofe nacional de Alemania. Hasta cierto punto, dichas percepciones están respaldadas por investigaciones recientes sobre esta guerra que reafirman la magnitud de su impacto material.³⁵

Más que defender la idea de que la Guerra de los Treinta Años podría ser otra guerra total, el hecho de que se corresponda de forma parcial con la definición común nos devuelve al debate inicial sobre el concepto. Cualquier intento de definir un modelo único y absoluto está condenado a fracasar, ya que la totalidad no puede alcanzarse, permaneciendo así relativa, lo que conduce a debatir eternamente sobre qué constituye el umbral de dicha totalidad. Por lo tanto, nos vemos abocados al mundo de las percepciones. Más que debatir cuál es ese umbral con criterios materiales como la proporción de población movilizada, la magnitud de una guerra se manifiesta a través del grado en el que se considera que ha superado los precedentes pasados y ha roto las normas aceptadas. Aunque la Guerra de los Treinta Años pudo no haber sido una verdadera guerra total, fue sin duda un conflicto importante que se considera que tuvo un impacto profundo y unas consecuencias duraderas.

Algunas de estas conclusiones vienen respaldadas por los capítulos siguientes. Mientras que los historiadores han definido la guerra total desde la experiencia del siglo XX, los europeos de la edad moderna observaron a través de su experiencia pasada sus propios conflictos, así como los que pudiera haber en el futuro. La Guerra de los Treinta Años asumió un

³⁴ Sor Maria Anna JUNIUS: "Bamberg im Schweden-Kriege", *Bericht des Historischen Vereins zu Bamberg*, 52 (1890), pp. 1-168; 53 (1891), pp. 220-21.

³⁵ W. VON HIPPEL: *Das Herzogtum Württemberg zur Zeit des Dreißigjährigen Krieg im Spiegel von Steuer- und Kriegsschadensberichten 1629-1655*, Stuttgart, 2009.

lugar destacado dentro de esta experiencia. Hugo Grotius, el principal experto en leyes internacionales del siglo XVII, escribió con conocimiento y, hasta cierto punto, experiencia directa sobre las primeras etapas de la guerra, así como sobre las violentas guerras civiles en los Países Bajos y Francia. Como argumenta Colm McKeogh, Grotius pretendía limitar los excesos de la guerra atacando los argumentos legales y morales utilizados para justificar el asesinato de civiles. Más que proponer un enfoque normativo obtenido de forma abstracta o derivado de las Escrituras, Grotius se interesó por la política del poder (al fin y al cabo, era un enviado sueco durante la Guerra de los Treinta Años). Como pragmático que era, Grotius pretendía cambiar el comportamiento proporcionando definiciones más claras de las normas existentes para restringir su uso legitimador de la violencia.

Numerosos panfletos, cartas y sermones mantuvieron informados a los habitantes de las Islas Británicas sobre los sucesos del continente antes de que sus propios territorios se vieran implicados en una guerra civil que comenzó en 1638. Había un temor generalizado de que «Inglaterra se convirtiera en Alemania», lo que reforzó los esfuerzos para contener el conflicto dentro de unos límites aceptables.³⁶ Barbara Donagan explora un aspecto de esto a través del estudio detallado del saqueo militar durante la Guerra Civil Inglesa. Ella demuestra que, del mismo modo que en la Guerra de los Treinta Años, el saqueo estaba muy extendido y contribuyó a construir las percepciones de que la guerra estaba fuera de control. Sin embargo, en la práctica, soldados y civiles todavía compartían ideas sobre derechos y privilegios individuales que las víctimas utilizaron para pedir compensaciones. Las percepciones de la condición de víctima complicaron la reconciliación posterior a la guerra civil, como Melanie Harrington argumenta en su capítulo sobre la Inglaterra de la década de 1660.³⁷ Existía una tensión entre perpetuar la memoria como legitimación para la venganza y el deseo de relegar al olvido las experiencias dolorosas por el interés de la reconciliación de posguerra. Las interpretaciones divergentes de la justicia fueron factores importantes que causaron las guerras de la Edad Moderna. El miedo a reabrir estas heridas empujó a la restaurada monarquía a rechazar las exigencias de sus partidarios, que pedían una justicia restaurativa a expensas de los parlamentarios. Un factor que contribuyó a crear un resentimiento monárquico duradero y unas percepciones de la guerra como cruel e injusta.

³⁶ I. ROY: "England turned Germany? The aftermath of the Civil War in its European context", *Transactions of the Royal Historical Society*, 5ª Serie, 28 (1977), pp. 127-44; B. DONAGAN: "Codes of conduct in the English Civil War", *Past and Present*, 118 (1988), pp. 65-95.

³⁷ N. del T.: véase, en el mismo volumen en el que se publicó originalmente este artículo, el capítulo de Melanie HARRINGTON: "Transitional Justice Theory and Reconciling Civil War Division in English Society, circa 1660-1670".